

Libro de familia

El amor que me inspira el teatro es, sin duda, herencia de mi madre. No debe entenderse que haya sido actriz en el sentido estricto de la palabra, sino que era una espléndida aficionada al excelso arte de fingir, capaz de representar cada día un papel distinto de su variadísimo repertorio. Según su ánimo tornadizo y mudable, tan pronto se comportaba de modo sensato, lanzando máximas y sentencias al carnicero, a los taxistas o a cualquiera que le diera los buenos días, como su conducta resultaba la propia de una mujer soez y envilecida. Por ello tenía fama en toda la ciudad de transtornada. Sólo yo sabía que su sorprendente comportamiento, inusitado por lo variable y contradictorio, se debía a su concepción del mundo: el mundo era un enorme teatro y ella la primera actriz. No buscaba aplausos, sino íntimas satisfacciones, personales deleites y acaso también el gozo malsano de ir provocando, allá por donde caminaban sus pequeños pies de china, el estupor y el desconcierto.

Mi padre jamás se inmutaba. Ni siquiera se alteró al quedarse súbitamente sordo cuando estalló a su lado una bomba rudimentaria que mi hermano número diecisiete, el benjamín, dedicado a la acción terrorista y al bandidaje, estaba confeccionando ebrio como Noé y cantando *Perdona a tu pueblo, Señor*, su canto preferido, aprendido de los rojos labios de su novia, que había sido religiosa de una orden muy opulenta. La raptó la noche en que, disfrazado de poeta romántico, asaltó el con-

vento para saquear la rica capilla del gótico flamígero. Ella oraba en aquel instante en compañía de otra joven novicia que murió en el acto desnucada, al caerse hacia atrás a causa del horroroso sacrilegio. Juana, en cambio, trató de forcejear, pero mi hermano le arrancó el velo y le desgarró los hábitos. Entonces enrojeció de vergüenza por su lamentable aspecto, por su cabeza rapada, y supo que sólo podía llorar por sí misma, que ninguna de las lágrimas que derramaba corrían por sus mejillas motivadas por el saqueo y la tropelía de aquel coloso; e incluso el hecho de que no la violara en las sombras hizo que su corazón se agitase movido por la rabia.

—Ah, no sabes bien qué decepción tan terrible sufrí —me confesó en una ardorosa hora de vino y confidencias—. Yo, tonta de mí, cuando lo vi entrar pisando fuerte y mirando a su alrededor con burla e insolencia, creí que iba a comportarse de un modo rudo y amante a un tiempo. Pero ¡cuíá! Al punto comprendí que tu precioso hermano no era ningún Rhet Butler. Sabe que la misma noche anterior a mi marcha para el noviciado me dije una y otra vez, por lo menos más de veinte: si apareces por esa puerta y te metes en mi cama, Rhet amado, no profesaré y seré tuya para siempre.

Los ojos de Juana brillan a veces con un fulgor esquizoide y ansioso. En cambio, en ocasiones, son puros, llenos de sosiego.

Mi hermano, por otra parte, es una criatura insufrible, aunque lo adore. El afecto que siento por él no me ciega hasta el extremo de impedirme juzgarlo con frialdad y justeza. Apenas nacido, recuerdo que sentí al verlo, negro, peludo como un oseznó, mamando ávidamente del seno blanco de mi madre, la misma fascinación morbosa que experimentaba mirando las estampas del diablo y de sus criaturas infernales del libro que me había regalado mi abuela. Mi madre me pareció una Pietá crispada. En sus ojos había una terrible y fiera oscuridad, como si estuviera deseando que aquel cachorro humano, a quien momentos antes había echado al mundo, bebedor insaciable de la leche de sus pechos, se muriera atragantado. Era la imagen impía de la madre a punto de chillar enfurecida para rene-

gar del fruto de su vientre, maldiciendo la hora del mediodía en que habían sonado las fatídicas palabras: he aquí la esclava. Pero actuaba. Interpretaba para mi padre, que la contemplaba ensimismado, taciturno como siempre, adorándola con sus mustios ojos.

El pequeño crecía de modo sorprendente, pero no ganaba un gramo de carne. Me sentía alarmada. Por entonces en modo alguno podía hacerles partícipes a mis otras ocho hermanas de mis inquietudes. No hacían otra cosa que cuchichear y reirse, haciendo apuestas sobre cuál de ellas lograría seducir a un guapo teniente bisexual que acaba de ponerle piso a un mancebo de botica.

Mi padre se negaba a hablar. Rompía cada papel en el que se le daba noticia de esto y lo otro. Pero en el caso de que accediera, a continuación se veía presa de tal agitación que hacía una bola con la cuartilla y se la tragaba. Era horroroso lo que sucedía entonces, porque su rostro macilento se amorataba y había que darle vasos y vasos de agua, en tanto nos imprecaba en una extraña jerga, hasta que por fin, con terribles esfuerzos y convulsiones, lograba vomitar la esquila convertida ora en una novela del realismo-socialista más abyecto, ora en un manual de civismo..., y en una ocasión —loada sea nuestra buena suerte— en una hermosura de salterio de un templario que vendimos con premura a un mercachifle de extramuros, antes de que se transformara en un viscoso excremento. Creo que el desdichado accidente de su ulterior sordera fue un merecido castigo a su mala intención de hacernos con su silencio de aquellos días la vida imposible; eso en el supuesto de que no haya simulado la desgracia con el fin de que le dejáramos en paz definitivamente.

Mi madre tocaba al piano una habanera. Una camelia prendida de la blusa de muselina le perfumaba el escote, cuando sin frutos traté también de hacerla a ella partícipe de mi preocupación.

—Margarida —si la hubiera llamado mamá con toda seguridad se hubiera ensortijado los dedos para abofetearme; si

madre, escúpido; por ello fui cauta y utilicé su nombre gallego—, el niño no prospera debidamente. Crece y crece, mas no...

—¡Basta!

Cerró el piano con brutalidad y me señaló la puerta. Oh. Suspiré resignada. Por mi culpa había dejado de ser la condesa Eulalia para convertirse en Gervasia la Ban-Ban que me miraba despectiva.

—Largo, puerta. Tira a esa mierda de criatura por la ventana para que reviente contra los adoquines de la embarrada calle. Antes cerciórate de que pasa una gorda ama de casa para despacharla de esta vida. Seguro que el marido nos dará una buena recompensa. Que los perros laman la sangre de los muertos. Fuera.

Mi abuela resultaba igual de inaccesible con sus rogativas y sahumeros, su hermetismo de sacerdotisa de piedra, su horrible verruga en el mentón y su gata carnicera.

En tanto, mi hermanito continuaba creciendo, alargándose, convirtiéndose en un espectacular fideo cuyos pies tocaban ya el otro extremo de la habitación en donde se encontraba su cuna. Mis hermanos varones eran ante aquel fenómeno igual de indiferentes que el resto de la familia. Entraban y salían, siempre resoplando y dando portazos, ocupados por si había o no pasta adhesiva para pegar en el álbum los cromos de muchachas desnudas que coleccionaban, pendientes de la marcha de su equipo de fútbol, atentos tan sólo a cosas por el estilo que a mí me helaban la sangre. Entonces yo tenía dieciséis años. Era pálida y gris como una dama duende. Sujetaba mi larga melena castaña de fulgores rojizos con una diadema de terciopelo verde. Adoraba a los niños. En consecuencia, cada vez que mi querida madre se quedaba encinta, mi corazón exultaba bendiciendo aquella hora. Cada noche del largo embarazo encendía una bengala asomada a la ventana. Por fortuna no todas las gestaciones duraban nueve meses, sino que algunas se resolvían en cuestión de escasas semanas. Esto sucedió en el caso de las niñas Turrís Eburnea, la dulce Stella Matutina y Devotas Preces, cuya siamesa falleció inmediata-

mente de ser separadas; y también ocurrió lo mismo con los varoncitos Plan de Vida, Angelus Domini, Altar Privilegiado y Veni Creator. El resultado de tales partos, indoloros *per se*, fueron niños y niñas *a termino*, maduros y robustos, con un peso medio de tres kilogramos, que lloraron de inmediato y se criaron solos. Yo no daba abasto a preparar biberones. Los niños nacían sin cesar durante mi adolescencia y los pechos de mi madre, a pesar de beber litros y litros diarios de cerveza, se habían secado. Además, en los entreactos, entre parto y parto, abortaba. No es que mi padre fuera un amador insaciable —aunque sí un semental muy, pero que muy prolífico—, sino que ella siempre tenía tres o cuatro amantes poco cuidadosos, e incluso ciertos alimentos podían provocarle una preñez intempestiva. Un día me juró —aunque no la creí— que mi verdadero padre era un plátano frito que había comido en casa de unos cubanos, y que el progenitor del pelirrojo Massinisa no podía ser otro que un salmonete al hinojo que había cenado en solitario una noche en que se sintió especialmente dichosa. Había olvidado el motivo de su pena, pero no el ardor de estómago que le impidió conciliar el sueño. Aquello podía recordarlo de modo tan real que semejante evocación, después de tanto tiempo, la obligaba a tomar una cucharada colmada de bicarbonato. A los diecinueve días justos de aquella noche toledana había nacido el niño, en plena calle, mientras ayudaba a cruzar la calzada a una muchacha ciega.

Siempre la recordaré en los días de sus numerosos puerperios, entre almohadas rellenas de pluma y suave miraguano, forradas de dulce piel de ángel, donde su oscura y turbulenta cabeza reposaba, llevándose de cuando en cuando el pañuelito a sus lindos ojos, no para secar los amargos frutos del llanto, sino para disimular la malévola nueva de su horrenda diversión. Sus labios se torcían hermosos y crueles. Entonces era cuando se alejaba a maquinar desde las sombrías regiones del más allá nuestra perdición. Yo me decía que estaba representando su propio drama, que los demás sólo constituíamos pretextos o éramos atribulados espectadores; pero otras veces estaba segura de que, si hubiera tenido un látigo al alcance de la mano, habría golpeado nuestras cabezas sin piedad.

Volví mis ojos conmovidos al niño monstruo que gimoteaba de modo lastimero, estirándose sin reposo.

Pobre trozo de pasto, ea, ea, que alguien te hila e hila, alguien de helados dedos de parca, ea, ea —le susurraba tratando en vano de dormirle.

Sus piernas filiformes habían alcanzado la pared de enfrente de su camita, y se retorcían atravesando el techo, doblándose de vuelta ante su rostro, enrollándose varias veces como un terrible lagarto de mazapán cuyos ojos verdes y fulgurantes brillaban siempre abiertos en medio de la noche, perversos testigos de sonrisas de pena y murmullos de asco, registrando los gestos de compasión o de repugnancia de cuantos se acercaban a su cuna.

Tanto insistí, tan desesperados gritos proferí, que mi abuela descendió por las escaleras de su buhardilla y llamó al tío Millán, que era abad en un monasterio de las montañas, en cuya fuente se había refrescado la Virgen María de camino hacia Belén. En principio el monje que le servía de asistente dijo, sin venir a cuento, ya que no había sido interrogado, que el niño era bobo, un anormal sin más. El tío Millán, sin alterarse, le replicó que en ese caso, literariamente hablando y de acuerdo con la tradición, era una criatura tan importante como el rey, la doncella ultrajada, el capitán, el corregidor, el campesino. Aquello sólo sirvió para que maestro y discípulo se enzarzaran en una disputa estéril que me hizo perder la cabeza.

—Silencio, imbéciles. Dejaos de hacer ruidos con vuestras sucias bocas y dadme una pronta solución para el extraño fenómeno que desfigura a mi hermanito.

Convinieron en que el pobre niño era un ser desvalido que podría seguir creciendo en paz, a modo de un gran caracolillo, entre las lechugas y las coles del huerto del monasterio. Cuando la inclemencia del tiempo no lo permitiese, lo pondrían en la antigua mazmorra. Podría entretenerse escuchando a las ratas, que eran unos animalillos mucho más simpáticos que lo que el vulgo creía.

Cuando iba a arrojarme a sus gordos cuellos para seccionarles a ambos la yugular de un mordisco, mi pobrecito niño hilado comenzó a engrosar, a pasar de su aspecto habitual de pálido fideo al de un chorizo colorado, hasta transformarse en un gracioso y humano gordito, a la vez que se había ido desenroscando. Saltó fuera de la cuna y comprobé que su cabeza rozaba el techo. Qué decepción. Sólo había sido por un instante, acaso debido al engaño de mis anhelantes ojos, un niño rollizo y encantador.

Su voz sonó grave y cavernosa, a la par que jovial: hola amigos y parientes, traedme de inmediato unas viandas, pues hora es ya de que me regale el paladar con algo distinto a esa repugnante leche en polvo que cotidianamente me sirve esta desalmada.

Todos me miraron con ojos de reproche. Mi gigantesco hermano me dio un amistoso galpe en la espalda y los huesos de mi espinazo gimieron. Lloré durante siete días con sus siete noches. Después me sentí purificada por haber criado a semejante monstruo. A partir de aquel momento y en cuestión de poco más de un par de semanas, su estatura alcanzó otra vez tales extremos que sólo le fue posible andar por la casa gateando. Fue entonces cuando descubrí sus tendencias criminales. Los demás también se dieron cuenta de que aquel mocetón que se arrastraba por los pasillos era un asesino, pero contemplaban con indiferencia y sin parpadear de qué modo el violento Ajax destrozaba el mobiliario, arrancaba de cuajo los lavabos, se comía vivos los pollos y gallinas del corral y dejaba lisiada a la criadita de turno, que siempre se trataba de una hermana bastarda, por parte de madre o de padre, a quien maltratábamos sólo porque resultaba fascinantes ver brotar la sangre de sus pálidas y hundidas mejillas, contemplarla retorcida igual que un gusano, implorando piedad de hinojos con las manos juntas, observar con curiosidad cómo se desmayaba de dolor y trasladarla después entre todos a su camastro con tanta excitación como cuando jugábamos con los muertos embalsamados en el cementerio familiar de nuestra huerta.

Mi madre engendró por su cuenta nueve niñas espurias ha-

bidas de un profesor de canto; de un habilitado de clases pasivas, de un perito grafólogo y de un teniente coronel; las quintillizas fueron generadas en su anchuroso vientre por un radiólogo. Eran las más graciosas de sus ilegítimas. Sentí verdadera lástima cuando las metió en un saco y las llevó a vender. El comprador resultó ser un excelente caballero, muy adinerado, marido impotente de una mujer siempre llorosa. Las cinco niñas secaron para siempre las lágrimas de aquella ansiosa de maternidades.

Las bastardas de mi padre fueron gestadas en la matriz de una auxiliar administrativa que estaba continuamente rascándose un eczema, en el útero miomatoso de una francesa ventrílocua, en el vientre de la encargada de unos grandes almacenes, hermosa y crispada, bordeando de mala manera y a duras penas la menopausia. No incluyo a las univitelinas que una bizcochera desaprensiva quiso endosarle, a pesar de que todo el mundo sabía que pertenecían a un barman oriundo de Corisco.

Santo Dios, hubo un tiempo en que la casa estaba llena de mocosas que se criaban en la carbonera a base de desperdicios. Los hijos legítimos las escuchábamos chillar y alborotar, golpeándose por un trozo de pera enmohecida. María Guadaña, la fiel servidora de mi abuela, que ya había calzado y peinado a mi tatarabuela, era la encargada de buscarles acomodo y hogares a aquellas niñas de las sombras. Yo la ayudaba a bajarlas la pitanza y a lavarles en un barreño los sábados por la noche. Así pues, puedo decir llena de orgullo que antes de haber cumplido veinte años había criado a casi un centenar de chiquillos.

Sin embargo mi amor por la infancia quedó borrado cuando fui seducida por un encantador hombre de letras que me embelesó sin remedio. Era un literato, autor de églogas, sonetos, octavas reales, poemas de cabo roto, de una novela objetiva en la que, a lo largo de setecientas y pico páginas describía la cama con baldaquino donde agonizaba una amante del emperador Carlos; y de piezas de teatro, sobre todo de dramas que él denominaba caos angélicos, ya que su finalidad era

anunciar al espectador la fatal marcha de la humanidad a su total extinción. En efecto, los personajes se pasaban la hora y media chillando y vaticinando horrores apocalípticos del más indecente surrealismo. Pero me subyugaron sus blancas manos, con suaves membranas interdigitales; el tronco de su cuerpo transparente, a través del que contemplaba, adorándolo, su rojo corazón; las plantas de sus pies también me enamoraron. ¿Cómo podría haber sucedido de otro modo, si descubrí en ellas las veneradas runas que mi abuela me había enseñado con todo amor a trazar en el tronco de los castaños para idolatrar a la madre luna de los inviernos? Fui tan dichosa a su lado que aún hoy, a lo largo de los tortuosos senderos del recuerdo, me estremezco de añoranza y de placer.

«*Doncella de Blanco.*—Soy un alma pura y helada. Mis azules lágrimas matarán las anémonas. Mi llanto corre hacia los mares. Lloro por los narcisos degollados antes de que puedan contemplar con sus pequeños ojos la puesta de sol; sollozo estremezco por los huesos de las palomas. por el corvo cuchillo de los matarifes ebrios que a la hora fatídica de la medianoche regurgitan perversidades en sus mansiones de falsos oropeles.

Doncella de Color Corinto.—Soy morena y ardorosa, oh, hijas ashkenazis de Jerusalén. Me contoneo insinuante por en medio de un paseo de palmeras. Pervierto a vuestros esposos. Produzco ardores de temblor inquietante y deleites. Y vosotros, amantes míos, mirad la luna y decidme al punto qué excita más vuestro deseo: o un abrazo de estas rubias o una mirada tan sólo de mis ojos negros, estrellas dianas en la noche de Sepharad».

Tal era el inicio de la tragedia *El exilio de Ur* que mi padre había comenzado a los dieciocho años y dejado inconclusa, cuando estudiaba Filosofía, ocupaba un exiguo cuarto interior, y se alimentaba de nuevos cocidos y cañas de apio; pero lo más doloroso de todas aquellas penurias, lo que más le hacía sufrir, eran los sabañones que, pese a los guantes de tosca lana, deformaban todos los inviernos sus bellas manos. No sé por qué me enternecí tan hondamente al imaginarlo sentado a la mesa, escribiendo con su letra de rastro de hormiga —ya que era tan pobre que no debía despilfarrar una sola cuartilla—,

a la luz del crepúsculo vespertino de su amiseriada juventud, en los lejanos atardeceres del correr más cálido e impetuoso de su sangre, sosteniendo entre sus dedos cárdenos de frío la pluma que le causaba tanto dolor. Escribir le producía un hondo sufrimiento. No es algo en verdad extraordinario, sino muy común a un nutrido grupo de escritores: los que carecen de dinero. Una noche quemó al raquíptico pabilo del cabo de su única vela el poema que acababa de concluir con un desgarrado epifonema. Así, sus últimos versos, los postreros surcos de sus pasos juveniles de soñador por los campos a veces tan amargos de la poesía, ardieron. Me enternecí, sí, al saberlo tan solo y falto de todo en esas horas tan crueles de la primera edad.

Poco antes de sumirse en su terco mutismo, me regaló aquella pieza teatral inacabada, junto con unas preciosas fotografías de palomas y de ropa interior femenina: plumas y encajes sobre damasco hueso, y una canastilla de amapolas. Aquel rasgo de generosidad y ternura me hizo llorar. Quise ser amada sobre aquella colcha, que alguien me liberara de las olas rizadas de aquellos ligueros, que las palomas coronasen mi frente con las rojas flores de los triguales.

Corrí como una loca, sueltas las trenzas, hogueras en mis mejillas enclaustradas, en busca de mi guapo amante. La obra de teatro de mi padre me parecía magnífica. Le permitiría reformarla, acabarla con un sermón o un alarido y todas las hirientes luces del arco iris como luminoso colofón. Si él aceptaba y me sonreía, sería para mí igual que si todas las luminarias de los cielos, todos los soles, me quemaran el cuerpo. Me convertiría en bengala para caldear los hogares y moradas de los pobres.

Mas no se conmovió de un modo especial. Se limitó a sonreírme tratando en vano de disimular el olor a kif que salía de su linda boca. Le hacía un daño terrible el cáñamo indio. La lengua se me había secado de recomendarle que fumara opio igual que yo, si quería llegar a centenario como María Guadaña y mi abuela, pero casi todas mis palabras sobre esto y lo otro caían en saco roto.

En silencio hizo un rollo con los 80 folios, lo metió en una jarra, al lado de los vasos de seda y los útiles de escribir, junto a las plumas de pavo real con su inquietante ojo azul de esfinge; a continuación me indicó con un gesto que me sentara. Con una sonrisa cansada me comunicó que había tomado una inamovible decisión: su ingreso en un monasterio benedictino. Necesitaba silencio, perfecto silencio. Estaba intoxicado de ruidos y de escuchar varias veces al día comentarios y observaciones detestables, envenenado por alimentarse de basura. Suspiró.

—Ocúpate tú, por favor, amiga mía, de repartir entre las camaradas mis pertenencias. Naturalmente, puedes elegir los que gustes. Ahora, adiós.

Para consolarme de la pérdida de mi amor, decidí formar una compañía teatral. Tantos fueron los interesados en actuar que me vi obligada á hacer una rigurosa selección. Perdí amistades reñcorosas, horas de sueño, tiempo y en consecuencia dinero. A pesar de todo, mi orgullo exacerbado me impide aceptar el fracaso. Cierro los ojos, aprieto los dientes y con una mano en el corazón no tengo más remedio, por mucho que me hiera, que confesar cuánto me escuece aún el tomate mohoso con que me acertó en mitad de la frente un gordo señor de la primera fila que, desgraciadamente, era un tirador de excelente puntería; a la primera actriz le lesionó la córnea al arrojarle sin piedad un pistacho y al *Angel Exterminador* lo cegó con un par de huevos en el instante mismo en que salía de la Gehena.

La indignación de los espectadores no fue del todo justa, pero de sobra es sabido que el público constituye una masa irritable y desorientada, a la que cualquier agitador puede sin demasiado esfuerzo hacer chillar de jolgorio, gemir de dolor o brincar exaltada y enfurecida.

Había convertido la obra de mi padre en un abominable engendro. Eso era lo cierto, la única verdad, me dije sin remilgos. Mas no tuve la suficiente valentía para aceptarlo. El amor propio me susurraba consolador que no sólo mi ineptitud había sido la causa del desastre, sino que otros muchos

factores cooperaron de modo activo y fatal para que la representación abocara en semejante fracaso. Debo admitir que desconozco el arte de mandar, que el hecho de formular órdenes o de imponer mi voluntad y criterio es algo que me produce un infinito hastío; soy incapaz de encolerizarme porque no se me obedezca. Una de las actrices, la que había de representar a la *Dama de la Túnica de Azafrán* se negó a adquirir el atuendo apropiado. Me explicó que tenía un precioso traje de rumbera que la favorecía en extremo. Sus bonitas piernas eran lo mejor que poseía y no estaba dispuesta a renunciar a mostrarlas, escondiéndolas bajo una fúnebre vestidura talar. Le sugerí entonces que ceceara, para que su caracterización no resultara ininteligible. Debía tener en cuenta a los espectadores y... Ta, ta, ta, farfulló malhumorada. No cecearía, aunque la partieran en dos con un cuchillo así de grande. Abrió los brazos para indicar la magnitud, y el tufo de sus sobacos me atontó hasta el extremo de que no tuve fuerzas para seguir discutiendo. Entonces la actriz que iba a encarnar a la *Doncella de Blanco* me explicó en un discreto aparte que aquella tonta no quería cecear porque de pequeña hablaba con la zeta y su madre, que era por aquellos días la amante de un lingüista muy escrupuloso, a fuerza de palizas y de pimienta de Cayena, le había corregido aquel feo defecto de dicción, y que si la noche del estreno volvía a sorprenderla de vuelta a las andadas, mostrando además en público el antiguo vicio, era muy capaz de interrumpir la representación y romperle la boca a su hija en el mismo escenario. La madre de la rumbera tenía un fuerte carácter; al parecer había sido encarcelada en dos ocasiones. *La Doncella de Blanco* no sabía con exactitud a causa de qué, pero creía que la primera vez se debía al terrible hecho de haber blasfemado durante una misa de gallo. La circunstancia de que estuviera borracha como una garrafa en modo alguno le sirvió de eximente; el segundo encarcelamiento fue por algo quizá más escandaloso: durante un desfile militar se había quitado las bragas para lanzárselas a la cara del capitán general que presidía la parada.

Me aterró y ya no volví a insinuarle para nada a la rumbera lo de la conveniencia de un suave ceceo. Además, me dijo

llena de optimismo, tampoco resultaría muy plausible que dejara así su parlamento:

—Zí, zoy yo, la hermana de Antígona, que dezde la penumbra oz llama...

Al día siguiente surgieron nuevos inconvenientes y complicaciones de los que ni siquiera de pasada deseo acordarme. No obstante este fracaso, mi amor hacia el teatro ha sido avivado por mi soberbia, que no es poca. Voy a refirmar la obra de mi padre. La puliré hasta que brille como un diamante.

He regresado a casa. Mi padre dormita junto a la chimenea, mi madre hace solitarios con su tarot. En la carbonera alborotan las niñas cucarachitas que la noche anterior alumbró mi abuela. Desde que descubrió el elixir de la eterna juventud se ha vuelto una casquivana, una juerguista sin recato. María Guadaña está barriendo aún los cristales de sus redomas y alambiques, las páginas destrozadas de sus grimorios y almanaques, el irreparable destrozo de su astrolabio. Mis hermanos se han ido.

La vieja casa silenciosa va a empezar a contarme su historia, que es la nuestra. Sólo yo podré escucharla. La oiré a día, hasta que llegue la hora del cansancio y desee que mi propia historia se detenga. Escucho el crujido de las maderas, las llamas del hogar se avivan. La narración va a comenzar. No se agitará mi corazón ni parpadearé; no me inmutaré cuando la voz sibilina de la casa me descubra por qué jamás pude ver mi rostro reflejado en un espejo, por qué desconozco los rasgos de mi cara, ciega para contemplar mi imagen, incapaz de descubrir lo que los otros pueden sentir ante mis ojos, la curva de mis labios. Al fin sabré que existe un arroyo donde puedo ir a mirarme. Será muy emocionante asomarme al agua y verme allí como una ahogada, risueña, haciéndome señales de bienvenida con una mano. Después me veré libre para siempre de la maldición y me compraré espejos cóncavos, convexos, de alinde, azogados, todos los espejos del mundo, frente a los que pasaré las horas del día adorándome. Aunque descubra que mi rostro es tan repulsivo como el de una hiena, para mí

será el más dulce y bello. Mi amor propio me salvaguardará de la decepción... Chist.

Erase una vez, dice la voz de la casa, la voz de mis muertos...

CARMEN GÓMEZ OJEA

Febrero 1983